

Gregorio Marañón une sus recuerdos y la memoria de España

TOMMASO KOCH, Madrid
Gregorio Marañón sostiene que no tiene una memoria destacada. Sí se le da bien, en cambio, archivar. Nombres, episodios, notas. La historia de España desfilaba ante sus ojos, muy cerca de él, o incluso entrelazada con su vida. Y él apuntaba. Año tras año. Hasta construir un colosal testimonio que, de paso, supone un relato del último medio siglo del país. “Enhorabuena por el libro. Y por la vida”, comenzó el periodista Iñaki Gabilondo la conversación que mantuvo ayer con Marañón, quien presentó, tanto de forma presencial en Madrid, como a través de Internet, gracias a la retransmisión del Teatro Real y *El Español*, su *Memorias de luz y niebla* (Galaxia Gutenberg).

“Quiero formar parte de una generación que deje huella firme de su paso”, respondía un Marañón de 19 años en una entrevista en *Pueblo* sobre su futuro. “Este proyecto de vida lo he mantenido, en lo esencial”, relataba ayer quien hoy tiene 78. Abogado desde joven, no tenía 35 años cuando asumió responsabilidades en el Banco Urquijo. Participó en la fundación de UCD y de EL PAÍS; es académico de Bellas Artes, presidente del patronato del Real, directivo de Universal Music y casi fue ministro de Cultura. Gabilondo lo resumió con una pregunta: “¿Cómo has podido cubrir un espectro tan amplio?”.

Una lección

Al fin y al cabo, en su árbol genealógico también hay de todo: tenderos y reyes, “una tía santa”, un abuelo marqués y otro médico. Este último le dio, poco antes de morir, una lección clave. “La bondad importa más que la inteligencia”, le dijo Gregorio Marañón abuelo al chico que llevaba su nombre. Tal vez por eso, el nieto ha abanderado el consenso durante toda su trayectoria.

Ante la presencia, entre otros, de Carmen Calvo, vicepresidenta primera del Gobierno y patrona de honor del Real, Marañón se definió como “progresista” y “hombre de fe”, insistió en la necesidad de una “segunda Transición” y envió un recado al Ejecutivo: “Me sorprende que ningún Gobierno se haya planteado medidas que faciliten la independencia de los medios”.

No olvidó la niebla, como el caso *Sogecable* o su choque con el entonces ministro de Cultura José Ignacio Wert, y habló de las luces: “La cultura es esencial para el sentido identitario común”. Y, cómo no, celebró sus amores: el Teatro Real (“Ha alcanzado un modelo único”) y, sobre todo, Pilar Solís, su esposa.



Un momento del montaje de *Giselle*, el martes en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. / BALLESTEROS (EFE)

DANZA

Atropello jotero

GISELLE

Coreografía, dirección escénica, versión musical (con Óliver Díaz) y libreto (con Borja Ortiz de Gondra): Joaquín de Luz.
Música: Adolphe Adam.
Escenografía: Ana Garay.
Vestuario: Rosa García Andújar.
Orquesta de la Comunidad de Madrid.
Director musical: César Álvarez.
Teatro de La Zarzuela, 9 de diciembre. Funciones hasta el 22.

ROGER SALAS

No vale la pena entrar en una bizarra y bizantina discusión de la sustitución de un paso por otro, o una frase que necesite firmeza técnica por un gallardo paseo escénico, como sucede en la variación de *Giselle* del primer acto. Como muestra, un botón. Un principio se está convirtiendo en un final, y hay angustia en ello, de ahí ese palpable ambiente de nerviosismo e inseguridad. La revisión coreográfica bocetada en el teatro de la calle de Jovellanos es de un eclecticismo de sonrojo; se desecha y vulnera todo perfume estilístico para solucionar recurrentemente el material con lo que los intérpretes, en sus muchas y evidentes limitaciones o carencias, pueden hacer. Y aquí entra la ética, el gato por liebre, la viscosa por seda, la rubia por el doblón. El ballet académico tiene reglas, y eso valida su supervivencia.

Realmente no se duda de las intenciones y el entusiasmo genuino del director artístico de la Compañía Nacional de Danza, Joaquín de Luz, en su naturaleza de artista emprendedor. Pero hay una manera de decirlo sin ambages: ha sido traicionado por un equipo ineficiente, inculto en la materia sobre la que se quiere pontificar, expeditivo en las maneras, despótico en el modo. Quizás su orgullo y su pujanza le impidan ahora a De Luz reconocerlo, pero todo se andará. Un cuarto de hora antes del estreno, el director en su cuenta de Instagram dejaba

La CND presenta una obstinada y fallida manipulación del clásico

No se duda de las intenciones del director, pero le ha traicionado un equipo ineficiente

un aviso a navegantes, en inglés, que más o menos se puede traducir así: “En 15 minutos un sueño se hará realidad, y llamará muchas bocas (las de los mediocres) que continuamente tratan de sabotear las grandes cosas que estamos intentando lograr... Pobres, no tienen ni idea de lo fuerte que soy y cuál es mi misión aquí”. No son formas; se debe respetar al que disiente, incluso se le debe escuchar. Napoleón pensaba igual y esa actitud, junto a aquel redentorismo mesiánico, no los defienden hoy ni sus hagiógrafos. Inclínemos la balanza sobre la idea de mejora.

Con respecto a los intérpretes, digamos que Giada Rossi no está cómoda con un traje que parece hecho con dos cortinas y medio mantel, que le afea la silueta en el primer acto y la desdibuja en el segundo; su baile fue discreto. Alessandro Riga, siempre vestido por el enemigo, se esforzó, pero parecía perdido en una nada convincente actuación de pantomimas rectificadas; el mejor, sin dudas, el Hilarión de Isaac Montllor, que sin embargo tuvo un fallo clamoroso al aforarse en el segundo acto, como si no tuviera marcas y pautas coreográficas precisas para concluir su drama.

La Berthe de Eva Pérez y la Bathilde de Elisabet Biosca, de suspenso, ambas deslavazadas,

sin fuste ni concentración. La Mirtha de Kayoko Everhart inadmisiblemente en una compañía profesional, pues se demuestra incapaz en lo técnico, carente de solvencia y sin un mínimo de calidad ejecutoria; sus dubitativos ataques a los pasos auguraban tragedia.

Haruhi Otani y Yanier Gómez en el *Paso de los Vendimiadores* de Burgmüller dieron mucho de sí, bailaron bien, hicieron lo que se pide —de una raíz eslava sacar un quiebro—, a medio camino entre lo vernáculo español (dícese casi impropriadamente estilo Escuela Bolera), algunas claves dinámicas cercanas a Bournonville en la variación masculina y extemporánea figura final del *Pas de Deux* (lo que en ballet se da en llamar “poisson”), un rito o pose que no se había inventado todavía. Otra cosa es el resultado estético de ese dúo. Se debe insistir en el trabajo, en seguir adelante aceptando el error y mejorando el producto. Ya Ivan Nagy en su *Lago de los cisnes* sustituyó la balleta de Sigfrido por un rifle de caza con el que atronaba las bambalinas, pero, ¿quién se acuerda hoy de ese dislate? El poder de olvidar puede ser a veces en el mundo del teatro un recurso de gran utilidad.

Lo peor de todo lo visto y oído es la enconada, continua y salvaje agresión a la música. El portal de transparencia verifica un contrato superior a los 43.000 euros por derechos coreográficos y musicales. Cortes bruscos, transporte de motivos a otros instrumentos, tiempos erráticos, un piano intruso: ¿para qué seguir? Dos detalles: Adolphe Adam no es el Glinka de *Jota aragonesa* (1842-1845), ni Friedrich Burgmüller es el Massenet de la danza Aragonesa, de *El Cid*, ambos bailes románticos españolizantes, el primero asombrosamente contemporáneo con *Giselle*. Mirar atrás, con respeto, es saber seguir adelante.

LEER PARA CREER BERNA G. HARBOUR

Los ‘preppers’ nos pillan sin preparar

Seremos claros: el preparacionismo ha llegado y no estamos preparados, no para el fin del mundo que nos anuncia, sino para el preparacionismo en sí.

Hay personas que nos enteramos de las cosas gracias a la literatura, y una no había dado gran importancia a ese hosco movimiento que recorre EE UU hasta leer *Clima*, de Jenny Offill (Asteroide). Curiosa novela, curioso leerla. Habíamos visto programas frikis de norteamericanos que acumulan sacos de arroz y agua con el mismo entusiasmo con que coleccionan armas “para defenderse”. De qué, ni ellos lo saben, porque el enemigo puede ser zombi, racial, étnico, climático, biológico o cualquiera de las múltiples modalidades capaces de hacer saltar por los aires el orden establecido para convertirlo en caos. Y hay que reconocerles su imaginación: en la Guerra Fría la amenaza era nuclear y comunista, hoy puede ser cualquier cosa.

Todo esto parecía un excelente escenario para la ficción apocalíptica más simplona hasta leer *Clima*. En ella, la autora no recrea un miedo específico al fin del mundo con sus habituales héroes, sus personajes valientes o miedosos o sus indefensas, esquema perfecto para sestear el sábado por la tarde. Por el contrario, lo inquietante aquí es ver cómo esa neurosis de los llamados *preppers* y otros frikis se ha colado en la rutina de tantas personas en el corazón mismo de Nueva York. No son héroes, ni víctimas sino gente corriente que ha abrazado el miedo y la irracionalidad.

El miedo es positivo para prepararse ante las amenazas, lo sabemos. Pero si no se combina con la razón, genera histeria. En *Clima*, hay obsesos de los componentes de los alimentos, de la tecnología, de la meditación, del vegetarianismo, del calentamiento, de la extinción de especies, del fin del mundo y de tantas cuestiones que no liberan, sino que angustian y paralizan, que es para hacérselo mirar. A través de fragmentos de las vidas de la protagonista —una bibliotecaria en Brooklyn que ayuda a su amiga con un *podcast* sobre cambio climático— y su familia, Offill retrata una sociedad norteamericana alerta, desbordada, turbada por peligros azuzados desde todas partes sin visos de claridad. “El insomnio se está volviendo una especie de medalla de honor, un signo de que estás alerta”, se dice en algún momento. Y son ese *preparacionismo* y el riesgo de histeria colectiva que conlleva lo que a los seres que creíamos en la razón nos pilla rotundamente sin preparar.